

Helmut DAHMER, *Freud, Trotzki und der Horkheimer-Kreis*, Münster: Westfälisches Dampfboot, 2019, 535 págs.

El autor de este volumen ya es conocido entre los lectores de *Constelaciones*, donde han aparecido varios artículos suyos y una reseña de su obra *Die unnatürliche Wissenschaft* [La ciencia innatural] a cargo de Jordi Maiso. Estudió con Horkheimer y Adorno en Fráncfort, fue profesor de sociología durante casi treinta años en la universidad politécnica de Darmstadt y vive como escritor independiente en Viena. Desde su tesis doctoral (1973), publicada con el título *Libido und Gesellschaft. Studien über Freud und die Freudsche Linke* [Libido y sociedad. Estudios sobre Freud y la izquierda freudiana], que tuvo una tercera edición en 2013, una parte importante de su trabajo y de sus publicaciones ha estado dedicada a la relación entre psicoanálisis y marxismo y, dentro de este amplio campo, a la historia de la teoría y la práctica del psicoanálisis con un propósito crítico: por un lado, denunciar una evolución dentro de las corrientes dominantes en el movimiento psicoanalítico hacia una práctica terapéutica sin implicaciones políticas y sin crítica de la cultura y la sociedad y, por otro lado, rescatar las tradiciones de la izquierda freudiana para las que el psicoanálisis constituye un aliado clave de la teoría crítica de la sociedad.

Su trabajo como redactor jefe de la revista *Psyche* desde 1968 a 1992 y desde la muerte de Alexander Mitscherlich en 1982 como coeditor de la misma se vio envuelto en una fuerte polémica por la publicación en 1983 del artículo de Carl Müller-Braunschweig, una de las figuras prominentes del movimiento psicoanalítico, publicado por primera vez en octubre de 1933 en la revista nacionalsocialista *Reichswarte*. Fruto de la controversia y sus secuelas, Dahmer terminó dejando su puesto de redactor jefe en *Psyche*. En el segundo capítulo del libro, Dahmer reconstruye los tres actos de lo que el propio autor denomina el ‘drama’ DPG-DPV, donde las siglas se refieren a la *Sociedad Psicoanalítica Alemana* fundada en 1910 y la *Agrupación Psicoanalítica Alemana*, fundada por el mencionado Müller-Braunschweig como escisión de la primera en 1950. Más allá del trabajo de elaboración del pasado nazi impulsado por Dahmer en la revista en los pasados años ochenta, lo que está en juego en este drama en tres actos es la evolución en general del movimiento psicoanalítico, aunque no resulte baladí que esta comenzara justo en los años treinta en la Alemania nazi y en paralelo con la persecución de una parte de sus miembros obligados a emigrar o incluso eliminados. La adaptación a la nueva situación política fue de la mano de la reducción del psicoanálisis a una técnica psicoterapéutica de carácter científico-instrumental sin conexión con la situación social y. No solo es relevante que Müller-Braunschweig, cuya autoridad se mantuvo indiscutida du-

rante largos años como figura directiva de las mencionadas asociaciones, se distanciara de los colegas socialistas y judíos y redactara el tristemente célebre memorado sobre “Psicoanálisis y cosmovisión”, sino que también lo son las reacciones de buena parte de gremio cuando se hizo público ese pasado nazi, reacciones que llegan hasta la actualidad, como revela la última escaramuza protagonizada por F.-W. Eickhoff, uno de los co-editores del *Jahrbuch der Psychoanalyse* [Anuario del Psicoanálisis] en defensa de sus mentores. El problema de fondo es la difamación como “credo de ciencias sociales hostil a la clínica” de la posición que reclama la importancia de la metapsicología freudiana, su crítica de la cultura como instancia represora y la exigencia de establecer un vínculo entre terapia y crítica social. Frente a esa difamación, Dahmer muestra las consecuencias de la estrategia de adaptación hasta el autosacrificio asumida por Müller, no sin un cierto consentimiento del viejo Freud. Lo que se evidencia es que aquello que pretende justificarse como un “compromiso para la supervivencia” en realidad solo pudo garantizar la pervivencia de una figura completamente diferente de psicoanálisis cuya hegemonía se ha mantenido hasta nuestros días.

Frente a esta evolución, Dahmer moviliza los vínculos entre el psicoanálisis y la crítica de la economía política de Marx. Esa alianza, que no deja de ser una de las contribuciones más valiosas de la Teoría Crítica, resulta imprescindible para llevar a cabo una doble crítica de las instituciones que limitan nuestra vida en vez de potenciarla: las instituciones de la historia de la vida y la psique y las instituciones de la historia social y cultural. Dahmer se promete de dicha alianza la capacidad para desentrañar el enigma de los fracasos de las revoluciones, del nacionalismo fanático o del antisemitismo que se universaliza en xenofobia. Como podemos ver, fenómenos que no se dejan someter a una terapia individual. Con todo, dicha alianza no fuerza, como si dijéramos, contra natura al psicoanálisis, pues desde el comienzo la psicoterapia es inseparable de la crítica de la cultura. La terapia se enfrenta al despotismo de las instituciones culturales y a las renunciadas innecesarias impuestas por dichas instituciones, que cuando no son compensadas real o ilusoriamente dan rienda suelta a las energías destructivas. El camino de la libre asociación potencia la autorreflexión y desenmascara la pseudonaturaleza del ser humano como resultado del proceso de socialización y establece así las bases de su constitución como sujeto. Pero este propósito solo puede realizarse removiendo la coacción externa de carácter social. Sin la interacción entre crítica de la cultural y terapia, la emancipación que persigue la praxis psicoanalítica resulta inalcanzable.

En el tercer capítulo, Dahmer analiza el papel y la significación del psicoanálisis en así llamada ‘Escuela de Frankfurt’. El punto de partida es la relación entre los procedimientos de Freud y Marx volcados en desencantamiento de las instituciones sociales y culturales que se presentan como realidades naturales y en la superación de un orden social que se ha vuelto obsoleto y solo se mantiene ocultando su propia constitución por medio de la represión y la dominación social. Lo que a los individuos socializados les parece un “destino inevitable” (U. Sonnemann) posee un origen social y sus efectos sobre los individuos pueden y deben ser revertidos. Horkheimer y Adorno entendieron la necesidad de conectar el psicoanálisis con la crítica del carácter fetichista de la mercancía llevado a cabo por K. Marx. Las relaciones sociales irracionales y cosificadas aparecen bajo la forma mercancía como un espacio racional y natural a la vez. Pero esta confusión de instituciones sociales con algo natural es el prejuicio por antonomasia. Se trata de una especie de inmunización frente a la crítica y la transformación. Para Dahmer la defensa enloquecida de instituciones que se han vuelto obsoletas está en el origen de las catástrofes del siglo XX.

La forma como buena parte de los marxistas se referían a la ‘falsa conciencia’, creyendo poder prescindir de la psicología en la teoría materialista de la historia, da un giro de ciento ochenta grados con Horkheimer, que en 1931 convierte en elemento programático la adopción crítica del psicoanálisis como elemento clave de dicha teoría de la historia y de la sociedad. Aunque Freud no reconociese la expresión específica de la destrucción que se preparaba en el cambio de siglo y primeras décadas del XX, ofreció las claves para comprender el vuelco de la socialización burguesa en barbarie. Contribuyó a mostrar sus contradicciones y el reflejo de las mismas en la economía psíquico-libidinal de los individuos. Pero el conflicto entre el principio de placer y de realidad está mediado socialmente, de modo que en fenómenos derivados de ese conflicto como el masoquismo o sadismo, la compulsión a la repetición, la identificación con el agresor, la represión de los impulsos, etc. se manifiesta la interacción social e históricamente específica entre individuo y sociedad, lo que permite reconocer las coacciones sociales y desnaturalizarlas. Los sufrimientos psíquicos se convierten así en índice de la dominación social y fuente de la exigencia de su transformación radical. Dahmer hace un recorrido por los escritos de M. Horkheimer y su recepción crítica de Freud, desde su artículo sobre “Egoísmo y movimiento liberador” hasta la *Dialéctica de la Ilustración*, recogiendo múltiples testimonios que prueban la significación de Freud para la Teo-

ría Crítica: “Su pensamiento es uno de esos poderes configuradores –escribía a Löwenthal en octubre del 1942 y cita Dahmer– sin el que nuestra filosofía no sería lo que es” (115). Junto a Horkheimer, el otro pensador decisivo en la recepción del psicoanálisis por la Teoría Crítica es Th. W. Adorno. Su forma de abordar las contradicciones entre la teoría psicoanalítica y su aplicación terapéutica y de conectarlas con las relaciones sociales que las determinan, pone las bases para enfrentarse a los malentendidos sobre sí mismos de los que son víctimas el propio Freud y la mayoría de los freudianos. El “giro hacia el sujeto” del que hablara Adorno es la fórmula que combate por igual el psicologismo y el sociologismo y pone en relación a ambos con las derivas específicas de la constitución de lo social en el capitalismo postliberal. La disolución de aquello que permitió la individuación en la era liberal y condujo a la formación de un ideal de individualidad libre, posee un índice histórico y social. En dicha disolución se encuentra una clave fundamental para desentrañar las dinámicas que dieron origen a la catástrofe y que, según Dahmer, la sobrevivieron.

La segunda parte del libro está dedicada a análisis de la constelación entre la formación de la teoría de la sociedad en el amplio círculo de Horkheimer y las transformaciones históricas que afectan por igual a la frustración de las expectativas revolucionarias en Alemania, la evolución autoritaria de la Unión Soviética postrevolucionaria y el ascenso del fascismo y la propagación del antisemitismo. Este análisis se diferencia de las ya innumerables reconstrucciones existentes por la atención que presta a la ambivalente relación de dicho círculo con la situación en la Unión Soviética y con lo que podríamos denominar la disidencia dentro del movimiento socialdemócrata y comunista, en la que destaca la figura de Trotski. La crítica interna de la evolución de la Unión Soviética bajo el poder de Stalin solo encontró reflejo teórico en los trabajos de Pollock, pero escasa expresión pública. Aunque quizás sea todavía más significativo el escaso intercambio con la mencionada disidencia, cuyas afinidades pone de manifiesto Dahmer en esta parte del libro. Tras el exilio del Instituto, Horkheimer se cuidó escrupulosamente de mantener la distancia frente a los partidos comunistas y socialdemócratas y evitó cualquier actividad política de sus miembros, por más que no desapareciera la procedencia de muchos de ellos de esos partidos ni la participación en tareas de espionaje y contraespionaje en el contexto de la guerra. En todo caso, Horkheimer quería mantener a toda costa la autonomía teórica para abordar las cuestiones relativas al fascismo, al capitalismo de Estado o al antisemitismo. Sin embargo, los debates

entre los ideólogos estalinistas y los disidentes en torno a la “teoría” del fascismo, muestran no solo las interesantes afinidades entre la evolución en ambos espacios políticos, sino también entre el marxismo crítico del círculo en torno a Horkheimer y el marxismo disidente perseguido por Stalin. Como Dahmer señala con acierto, llama la atención que en los análisis de Pollock y Neumann o de Horkheimer y Adorno no se “discutan y ni siquiera se mencionen interpretaciones del fascismo de otros autores marxistas no estalinistas que se publicaron antes o al mismo tiempo que los suyos” (159). Con este déficit se corresponde el de no tematizar la evolución en la Unión Soviética en los años treinta y cuarenta, cosa que sin duda afectó al objetivo fundamental de elaborar una teoría crítica de la sociedad actual. Con todo, las afinidades que señala Dahmer entre las teorías del fascismo de los “disidentes” marxistas y la que se recoge en una obra fundamental como *Behemoth* de F. Neumann no son sin más extrapolables a la elaboración teórica que encuentra expresión en la *Dialéctica de la Ilustración* y en sus “Elementos del antisemitismo” o en los trabajos sobre la *Personalidad autoritaria*. Y es precisamente en estos escritos, como constata el propio Dahmer, donde se hace valer especialmente la conjunción entre teoría social en la estela de Marx y teoría psico-social crítica en la estela de Freud, entrelazamiento de perspectivas que constituye “lo específico de la ‘Teoría Crítica’” (179). Esta es la razón de que nuestro autor analice a continuación la conexión entre los desarrollos teóricos sobre el Estado autoritario y sobre el carácter autoritario en la elaboración teórica del Instituto en los años cuarenta.

A continuación, el capítulo central del libro está dedicado a la relación entre el círculo de Horkheimer y Trotski. Este último posee un enorme significado en la trayectoria intelectual y política de H. Dahmer. En 1971 editó dos volúmenes de *Schriften über Deutschland* [Escritos sobre Alemania] de Leo Trotski y con posterioridad fue el mentor y editor principal de la edición alemana de sus escritos, de la que hasta el 2001 habían aparecido siete volúmenes. Trotski juega un papel clave en su posicionamiento crítico en los años 60 frente a las corrientes maoístas y a los círculos de los que surgió la Fracción del Ejército Rojo (RFA); el Trotskismo representaba y representa para él una alternativa pendiente y no descreditada al capitalismo. Así pues, este capítulo aborda la relación entre las dos matrices teóricas más importantes que, junto al psicoanálisis, informan el pensamiento de nuestro autor. Este carácter personal queda subrayado con la descripción de su visita a Horkheimer en Tessin en abril de 1973, en la que una motivación fundamental era interrogarle sobre la posición de su círculo respecto a Trotski.

A lo largo de todo el capítulo Dahmer persigue con meticulosidad y rigor científico las referencias a lecturas de los escritos de Trotski en M. Horkheimer, F. Weil, Th. W. Adorno, W. Benjamin, F. Pollock y otros miembros del círculo del Instituto. Dichas referencias son tematizadas en el marco de la relación de la Teoría Crítica con la situación en Rusia y con la fracasada revolución en Alemania. El énfasis puesto en el análisis del nacionalsocialismo en Alemania por parte de estos autores no puede hacer ignorar que su reflexión sobre el crucial momento histórico incluía la evolución en la Unión Soviética con el estalinismo y en EEUU con el *New Deal*. El vuelco hacia la burocratización y el terror en Rusia y su crítica en Trotski, aunque de forma no suficientemente explícita, jugaron un papel en la formación de la Teoría Crítica que no ha sido valorado adecuadamente y que Dahmer se esfuerza por sacar a la luz. En su exposición se mezclan los desarrollos teóricos con infinidad de detalles sobre las informaciones que fluían en el Instituto por los más diversos caminos y sus conexiones con las confrontaciones político-intelectuales que hacían estragos entre la oposición de izquierdas bajo la represión dirigida por Stalin y Bucharin. Especial atención dedica Dahmer a Walter Benjamin. Primero a su viaje a Moscú y, sobre todo, a su relación con los escritos de Trotski. Tanto su autobiografía como su historia de la Revolución rusa dejan en Benjamin una huella significativa. A partir de la reconstrucción de las diferentes lecturas de Trotski realizadas por este último y apoyado en las aportaciones previas de T. Eagleton, M. Löwy, E. Traverso o E. Leslie, Dahmer trabaja las afinidades entre ambos autores hasta en la redacción de *Infancia en Berlín hacia 1900* y en las llamadas ‘tesis’ *Sobre el concepto de historia*. Tanto su teoría del lenguaje como su concepción de la revolución debe más, según Dahmer, “a la lectura de la historia de la Revolución de Trotski que a la Cábala” (363). Parece como si nuestro autor pretendiera recuperar a W. Benjamin para un pensamiento decididamente materialista. En todo caso, el destino de ambos autores, sellado el mismo año, se convierte en la exposición de Dahmer en signo revelador de la naturaleza de los procesos históricos y sociales que ambos intentaron comprender y desentrañar de una manera original y análoga: “La victoria sin lucha de Hitler sobre el movimiento obrero alemán y la negación de esa derrota por los Comintern estalinistas, el “Gran terror” en la Unión Soviética con los juicios y purgas en Moscú contra los viejos bolcheviques, el rápido declive del Frente Popular en Francia, la derrota de los republicanos en la Guerra Civil española y las guerras de conquista de Hitler en Europa” (367).

La final de la exposición de esta segunda parte de libro resulta reconocible el objetivo que guía a Dahmer de poner un acento diferente en los debates actuales en torno a la herencia de la Teoría Crítica sin por ello dejarse atrapar en luchas estériles de legitimidades. Esto lo consigue a través de una reconstrucción minuciosa y documentadísima del trasfondo social-revolucionario en que se gesta y formula dicha teoría, lo que la hace aparecer bajo una nueva luz y contribuye a simpatizar con el autor en su moderada denuncia de una falta de mayor compromiso de la Teoría Crítica con la dimensión política y de un mayor vínculo con la praxis transformadora. Esto se hace especialmente patente en el anexo que recoge el texto publicado en 1939 por Walter Held (seudónimo de Heinz Epe) en la revista *Unser Wort* [Nuestra palabra] de los trotskistas alemanes con el título “¿Teoría Crítica sin praxis política?”, en el que apoyándose en citas de Horkheimer recuerda la falta de una dimensión político-organizativa en la propuesta teórica de su círculo: “El editor y colaboradores de la 'Zeitschrift für Sozialforschung' dan aparentemente más valor a la conformidad con el método abstracto que con los interrogantes concretos del presente. La filosofía marxista, sin embargo, es esencialmente una guía para la acción práctica. En uno de los ensayos de Horkheimer se encuentra la reveladora frase, que ha sido probada cientos de veces a través de la experiencia histórica de las últimas décadas: ‘La indiferencia frente a la idea en la teoría es el presagio del cinismo en la praxis’. Pero esta frase también necesita un complemento: La abstinencia de la praxis conduce a la esterilidad en la teoría. El único criterio para la verdad de la teoría marxista es que pueda demostrarse en la práctica. Si la 'teoría crítica' no quiere degenerar en un pasatiempo de epígonos eruditos, debe llegar a la praxis política” (489). Lo interesante de la documentación de este texto es que va acompañado del comentario sobre el artículo del propio Horkheimer en carta a Leo Löwenthal de julio de 1939, en el que manifiesta su consideración sobre el mismo “como lo mejor con diferencia que he leído sobre nosotros. El comentario negativo, que por cierto da en el blanco, me parece más una publicidad que un ataque malicioso” (492). La fama de abstinencia política solo podía favorecer las intenciones de Horkheimer en el nuevo contexto de acogida americano. Con todo, en la visita de Dahmer a Horkheimer en Tessin mencionada más arriba, el intento de actualizar el recuerdo de aquella crítica y confirmar la aprobación de este choca con la falta de memoria del maestro (338), un olvido que por cierto resulta completamente congruente con sus reacciones a los intentos del joven Dahmer de encontrar

respaldo a una concepción más comprometida políticamente de la Teoría Crítica. Horkheimer parece haberse comportado como un amante esquivo.

Terminamos esta reseña refiriéndonos brevemente a la tercera parte del libro que posee un peso teórico importante con tres capítulos de temática independientes, que pueden leerse como ensayos autónomos, pero que giran en torno a la problemática de la crítica de las ideologías ayer y hoy. El primer capítulo se aproxima a esta problemática desde los conceptos de “conciencia” y “trabajo” a través de su mediación dialéctica propia la tradición que va desde Hegel a Marcuse pasando por Marx y Lukács. Escrito en agosto de 1960 después de un seminario con Adorno, es un testimonio del nivel reflexivo y el contenido temático de este entorno académico en cierto modo irreplicable.

El segundo capítulo de esta parte, publicado por primera vez, está dedicado al análisis de enigma del dinero. La mediación de nuestras acciones, intercambios y representaciones por el dinero constituye una evidencia cotidiana y al mismo tiempo un enigma del que depende nuestro destino como individuos y colectivamente. Las reflexiones de Dahmer van desgranando uno a uno los diferentes aspectos de este enigma a través de los cuales se despliega ante el lector las estructuras y dinámicas de la dominación capitalista y del fetichismo de la mercancía, el nexo entre dependencia personal y la dependencia objetiva, del que hablaba Marx y que Benjamin denunció como nueva idolatría.

Las últimas páginas están dedicadas al ‘dispositivo antisemita’ y a la cuestión de los ‘migrantes, refugiados y yihadistas’. Dahmer viene abordando desde hace años la actualidad del antisemitismo y sus vínculos con la xenofobia y la islamofobia en contextos de politización de los flujos migratorios y llegada de refugiados. En la tradición de la Teoría Crítica hace valer la combinación de teoría social y psicología social crítica para poner en relación las dinámicas objetivas y los conflictos psico-libidinales y, desde esa relación, iluminar los nuevos fenómenos. Lo cual no significa pasar por alto las singularidades de cada uno de ellos, sino retrotraerlos a su génesis social y cultural. La esperanza que anima en su análisis es que desde el conocimiento de la génesis de las coacciones pueda reconstruirse la capacidad de experiencia y solidaridad destruidas por las diferentes formas de ofuscación social.

El cúmulo de informaciones, la amplia paleta de temas que aborda, la perspectiva inusual con que se aproxima a la historia social e intelectual del último siglo y en especial a la de la Teoría Crítica, hacen de esta obra una lectura obligatoria para quienes se interesen por conocer a fondo por las relaciones entre teoría social y

psicoanálisis. No resulta fácil encontrar una combinación de tan lograda de pasión y objetividad. La lectura de las extensas notas que acompañan el texto refuerzan la impresión de haber leído varios libros en uno y de haberse apropiado un conjunto de lecturas casi inabarcable gracias a la capacidad sintética de nuestro autor. En resumen, una obra que merece el tiempo y la atención que pueda ser dedicado a ella.

José A. Zamora

joseantonio.zamora@cchs.csic.es